

PROMETEO

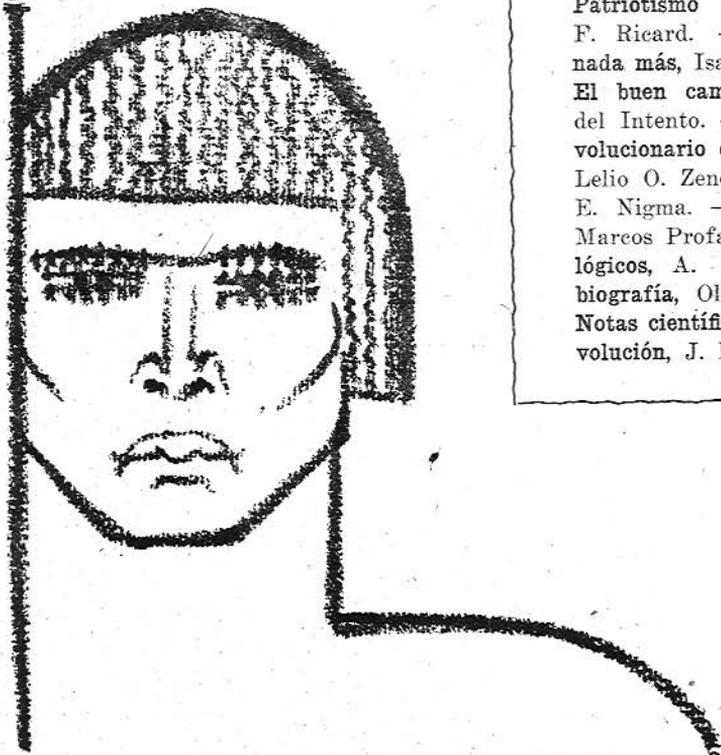
QUINCENARIO

Redacción y Administración: PICHINCHA 1023

SEGUNDA
QUINCENA DE
SEPTIEMBRE 1919

SUMARIO:

Objetivos de la lucha social,
Luis María López. — Cate-
cismo, Elías Castelnuovo.—
Patriotismo revolucionario,
F. Ricard. — Cajetillas...
nada más, Isaac Morales. —
El buen camino, Fernando
del Intento. — Aspecto re-
volucionario de la medicina,
Lelio O. Zeno. — Definirse,
E. Nigma. — Una plaga,
Marcos Profano. — Seamos
lógicos, A. Scriba. — La
biografía, Olcese Carón. —
Notas científicas sobre la re-
volución, J. Lazarte.



Precio 10 cts.

PROMETEO

AÑO I

QUINCENARIO

NÚM. 3

Buenos Aires, Segunda Quincena de Septiembre de 1919

Redacción y Administración
Pichincha 1023

Numero suelto \$ 0.10
Trimestre adelantado . . . » 0.50

Objetivos de la lucha social

La clase social dominante, cuya vida es una eterna holganza y un festín inacabable, para mejor asegurar su situación de privilegio, ha consagrado en leyes el robo y el despojo sistemático de que se hace víctima a los productores.

En el régimen de la producción capitalista, lo mismo que en todos los regímenes habidos en la historia, la riqueza que los obreros laboran con su esfuerzo, ha sido y sigue siendo usurpada por una cáfila de haraganes y bergantes, constituida en gobierno de los pueblos.

Esta clase parasitaria se ha apropiado indebidamente de aquella parte de tierra que todo sér humano adquiere, por derecho natural, en el mismo momento en que nace a la vida, sin poseer más título, para consumir esta injusticia, que el dado por una hipotética divinidad; sin alegar más derecho que el consagrado por una absurda herencia histórica; sin otra justificación que la sanción legal de principios de exclusividad detentadora en beneficio de un reducido núcleo social.

Valiéndose de las instituciones de fuerza que forman el poder del Estado, la misma clase ha impuesto a los pueblos la servidumbre y la obediencia a sus dictados, sin que éstos hayan sido capaces de rebelarse para librarse de tan inicua tiranía.

Para mejor oprimir a los hombres, los gobiernos creyeron necesario embrutecerlos; y con estos fines fundaron las religiones. Se confirió al sacerdote de semejante superchería, la misión de catequizar, de dogmatizar las inteligencias, para impedir el razonamiento; de amedrentar a los pueblos con el terrible castigo de un imaginario dios, si acaso se decidían a protestar contra los actos ignominiosos de sus amos, cuando alguna vez asomaban amenazantes los síntomas del descontento

colectivo. Así ha vivido la humanidad hasta nuestros días, sin variaciones apreciables.

Pero, poco a poco, los hombres empiezan a desprejuiciarse, estudian, observan, comparan y analizan, hasta que, finalmente, en este siglo llamado de las luces, legiones de ellos han logrado emanciparse mentalmente, han adquirido una clara conciencia de clase, tienen un conocimiento exacto, de su condición social y saben el rol histórico que desempeñan en la sociedad. Se resisten ya a continuar siendo los ilotas de todos los tiempos, los parias, los resignados esclavos, siempre vejados y explotados. Quieren ser hombres libres y dignos.

¿Lo conseguirán? Seguros estamos de ello, sobre todo si en esta grandiosa lucha reivindicatoria, ponen, como hasta ahora, tenaz empeño, voluntad férrea y una parte de estoico heroísmo.

Los trabajadores están en aplastante mayoría en la sociedad, no carecen de inteligencia y disponen, además, de una excelente y formidable organización sindical. ¿Qué les falta, pues, para triunfar? Una más sólida conciencia y mayor fuerza de voluntad.

La clase obrera reclama lo que legítimamente le pertenece, invocando derechos inalienables e imprescindibles, a los cuales jamás ha renunciado.

Los gobiernos saben perfectamente en qué consisten estos derechos, pero los desconocen, los conculcan, para poder seguir medrando y sosteniéndose.

Sin embargo, en todos los países civilizados la burguesía los ha grabado con grandes caracteres en los códigos y las leyes; pero prácticamente todo es una pura y grosera ficción, un postulado en contradicción sistemática con los hechos, una incalificable befa a la moral legislada.

¿Conocéis, trabajadores, la famosa "decla-

ración de los derechos del hombre," sancionada por los constituyentes de la revolución francesa del 89? ¡Valiente patraña! ¡Qué burda mistificación en los hechos! ¡Qué sangriento escarnio para la humanidad irredimida!

Así lo han comprendido los productores, y, en consecuencia, se proponen establecer un nuevo orden de cosas en el mundo, fundándolo en los inviolables y sagrados principios de justicia, de libertad y de igualdad verdaderas.

En la lucha está el triunfo de los oprimidos. Por eso la redoblan en estos propicios momentos, con vigor, con impetuosidad, tratando de hacerla culminar en la revolución, que es el objetivo inmediato que se persigue. Reparad cómo a ella nos acercamos a pasos de gigante.

¿Qué es lo que se pretende con la revolución? ¿En qué concretan sus exigencias los productores? ¿Qué es lo que quieren? Vamos a decirlo en pocas palabras.

Si la tierra es propiedad del "primer ocupante," la humanidad; si pertenece naturalmente a todos los que la habitan, la propiedad privada no se concibe: debe suprimirse para retornar a las formas primitivas de comunismo empírico.

¿Veis la hulla que aquel hombre introduce en el rojo vientre de la máquina de vapor?

¿Veis el carbón que arde en ascuas suaves en el hogar de nuestras cocinas domésticas?

¿Veis aquellos groseros metales cómo se convierten en preciosos objetos de uso, por la obra artífice del obrero?

Pues bien. La hulla y los metales fueron arrancados de las entrañas de la tierra por el minero. Lógico es, entonces, que éste goce íntegramente de los beneficios de su penoso trabajo.

Sin embargo, no es así, aunque parezca paradójal.

Un señor capitalista, que ha comprado la mina por una fuerte suma de dinero—dinero que representa trabajo no pagado al obrero—sin haber tocado siquiera una herramienta de trabajo, ha vendido el mineral a un precio cuatro, seis o nueve veces mayor que el salario abonado al minero.

¡Estupendo! ¿Eh? ¡Qué sociedad más justa la nuestra! ¿Verdad, trabajador?

Bien. Esto es precisamente una de las tantas cosas que tiende a suprimir la revolución.

El sufrido campesino, trabajando desde que amanece hasta la puesta del sol, bajo las llu-

vias y chapoteando barro, soportando, en fin, todas las inclemencias del tiempo, para conseguir hacer fructificar los campos en abundantes y doradas mieses, ¿creéis que tiene pan en la mesa, todos los días?

Lógicamente, habiendo hecho brotar el grano de la tierra con su trabajo, a nadie más que a él, le pertenece; pero, un señor, que se llama propietario se lo arrebató, arrojándole en cambio, unas migajas para que no se muera de hambre.

El leñador, que a formidables golpes de hacha tala los bosques vírgenes, para proveernos de madera, está inhibido de permutarla por las cosas que necesita para su vida, porque un señor propietario, a quien "legalmente" pertenece el bosque, se la quita, también "legalmente," para enriquecerse a costa del trabajo del obrero. El salario que paga es la pitanza del esclavo.

Si las fábricas, los talleres, las usinas, las minas, funcionan por obra exclusiva de los obreros, ¿quiénes han de ser sino ellos los únicos que tienen derecho a detentar lo que han creado por virtud del trabajo?

Pero, en la sociedad capitalista, el obrero carece de todo, mientras que el ocioso, enriquecido explotando la fuerza de trabajo del hombre, vive en la plétora y en la opulencia.

¿Por qué los hombres han de ser esclavos de otros hombres que no hacen nada? ¿Por qué no han de poder disfrutar de todo lo que ellos producen trabajando? ¿Por que un zángano o un ladrón cualquiera ha de arrebatar lo que con su esfuerzo no ha creado?

Como trabajadores que cumplimos una función útil y productiva en la vida, exigimos el derecho a gozar de todos los beneficios que el trabajo y la pródiga naturaleza nos proporcionan, sin más límite que aquel que naturalmente fijan nuestras necesidades orgánicas.

Queremos, también, suprimir todo gobierno, eliminar toda autoridad, cualquiera sean sus formas: políticas, económicas, espirituales, para que de este modo el hombre pueda regirse libremente, sin trabas de ninguna clase, sin leyes que coarten o limiten su libertad o restrinjan la libre iniciativa y la acción individual.

Queremos reemplazar la soberanía por el contrato libre entre las personas, siempre revocable y disoluble y sin más formalidad que el mutuo consentimiento y la razón como suprema guía.

Queremos que el trabajo no esté sujeto a fuerzas extrañas, que se desenvuelva libremente, impidiendo que ninguna persona pretenda supeditarlo a su capricho con fines de explotación, es decir, para esclavizar a sus semejantes.

Queremos que el hombre viva con entera independencia, en eterna paz y en armonía con todos sus congéneres, sin fronteras convencionales, como una sola y universal familia.

Queremos que el hombre se gobierne por sí mismo, para lo cual será preciso la disolución de todo gobierno estatal en sus propias fuentes naturales, representado hasta hoy en lo que ha dado en llamarse Estado.

Queremos una humanidad libre, para que los hombres gocen de libertad ilimitada, "trabajando según sus fuerzas, consumiendo según sus necesidades," sin extorsionar la voluntad, sin fatigar excesivamente el organismo y permitiendo que cada cual elija a su arbitrio la ocupación o el oficio que le convenga y guste.

Estos son los objetivos de la lucha social.

¿Traduciremos en realidad histórica esta hermosa aspiración humana?

Por el lado de Oriente, allá lejos, de Rusia, nos llegan, aunque débilmente, insinuándose casi, los destellos de una luz extraña y nueva, luz de esperanza que empieza ya a alumbrar los tenebrosos y ásperos caminos por los cuales marcha la humanidad dolorida a la conquista de su emancipación integral.

LUIS MARIA LOPEZ.

Dama argentina que abofeteó al kaiser

Para encontrar perlas gordas, hay que leerse "La Argentina," órgano de los papamoscas:

"Una dama argentina ha sido seguramente la única persona que tuvo la oportunidad y el honor de abofetear al kaiser. Tal afirmación parece aventurada en extremo, pero ella es verídica, y hay documentos que recién ven la luz, en los cuales está plenamente probado el hecho."

Allá van los documentos:

"Iniciada una partida de bridge, el emperador, de pronto y sin causa justificada, formuló una observación a lady Macdonnel, y como insistiera en ella con toda descortesía, la dama argentina que no pudo contener su indignación, se puso de pie, solem-

ne, y en medio del asombro de los presentes, aplicó su diestra sobre el rostro del kaiser. Cabe imaginar el estupor que tal actitud provocaría entre los cortesanos, quienes adoptaron una actitud de espanto; pero, la distinguida dama no se amilanó por ello, como buena argentina y compatriota nuestra."

Quedamos turulatos, llenos de estupefacción. Eso es el colmo del patriotismo. Belgrano, frente a lady Macdonnel queda tamañito como una berruga. Pero, seamos sinceros, que, total, no cuesta nada. Trasportemos la acción a otro campo. Supongamos que los caballos tuviesen su prensa como nosotros y el hecho hubiese acaecido entre ellos. Ahora imaginemos el estupor de los periodistas relinchadores cuando una grandísima caballa, jugando a las carambolas, le aplicase una coz tremenda a otro caballo cogotudo... ¡Qué honor para los caballos compatriotas de la grandísima caballa!

Una ganga

La afición maximalista de comer niños crudos, se acentúa. Según un marconigrama—vía Nueva York—ahora, los maximalistas, se comen los fetos y el cuajo... ¡Qué puercos!

"Actos vandálicos cometidos por los bolchevistas mientras abandonaban derrotados, Iekaterinoslav.—Por orden de Lenín fueron ejecutados más de 10.000 burgueses al pie de sus tumbas. Muchas de las víctimas tenían las piernas y las costillas rotas a golpes de mazazos. Algunas de estas mazas, manchadas de sangre, fueron halladas en un verdadero charco de glóbulos rojos, dos días después de la ocupación. Los cráneos habían sido destrozados a martillazos y cañonazos, tenían las orejas cortadas y habían sufrido otras mutilaciones espantosas. Los cadáveres que obstruían las calles, estaban acribillados a balazos y bayonetazos."

¡Qué macanazos!

Alabamos a los muertos insignes para herir a los vivos. Les alabamos también porque es una manera de agradecerles que se hayan muerto.

R. Barret.



CATECISMO



- Sacerdote.*—¿Crees en Dios padre todopoderoso, fautor del cielo y de la tierra: pescador de bagres que separó la luz de las tinieblas?
- Obrero.*—Creo.
- S.*—¿Crees que el sol sale para todos y Dios llueve y suelta rayos, sobre los justos y los injustos?
- O.*—Creo.
- S.*—(*Aparte.*)—¿Eres un grandísimo zoquete! —¿Crees en la santísima virginidad de la virgen inmaculada que se entregó sin pecado y parió sin desgarraduras, pese a la opinión de Ingenieros, quien sostiene que “no hay parto sin sangre” ni yuxtaposición sin averías?
- O.*—Creo.
- S.*—¿En qué te fundas, botarate?
- O.*—Creo.
- S.*—¿Qué razones teológicas tienes, pobre gato?
- O.*—(*Momificado.*)—Creo.
- S.*—¿Crees?... Pues, a mí me parece discutible.—¿Crees que Dios da de comer al hambriento, de beber al sediento y de vestir al harapiento?
- O.*—(*Observa sus zapatos rotos; tiene el paladar seco y la barriga pegada al espinazo.*)—Sí...
- S.*—¿Crees en la mansedumbre angelical del escuadrón y la virulencia de los anarquistas zaparrastrosos?
- O.*—También.
- S.*—¿Crees en la abnegación de la liga patriótica que se propone castrar todos los cerebros y concluir a balazos las huelgas que fomentan los agitadores de oficio?
- O.*—Sí, padre.
- S.*—¿Te falta algo por creer?
- O.*—Creo que no.
- S.*—¿Crees que crees?
- O.*—Creo.
- S.*—(*Le da una hostia bendita que el paciente traga con voracidad.*)—¿Crees en la justicia del gobierno, el honrado altruismo del capital y la cordura seráfica de su majestad: el ejército con bombas de mano y ballonetas?... ¿Por qué no contestas, ateo?
- O.*—Tengo hambre...
- S.*—¿Devora tus entrañas!
- O.*—Tengo sed.
- S.*—¿Bebe tus lágrimas!
- O.*—Siento frío.
- S.*—¿Enciende tu conciencia!
- O.*—No tengo fósforo.
- S.*—(*Cada vez más irritado.*)—¿Sácalo de tu cabeza, nulíparo!
- O.*—Ni zapatos.
- S.*—¿Anda descalzo, degenerado!
- O.*—Me duele el cuerpo.
- S.*—Piensa en Jesús y sus llagas.
- O.*—Mis hijos no tienen pan.
- S.*—¿Que se mamen!
- O.*—Quiero trabajar y no encuentro.
- S.*—¿Mientes! ¡Remientes! San Mateo, ripio-plumea: “Busca y encontrarás”. ¿Quieres trabajar, holgazanote?... ¡Bárreme la iglesia!
- O.*—Quiero trabajar para comer.
- S.*—Trabaja y comerás.
- O.*—Si antes no como, moriré de consunción.
- S.*—Dios te espera con los brazos abiertos.
- O.*—No quiero ir al cielo.
- S.*—¿Irás al infierno!
- O.*—Tampoco quiero ir allí.
- S.*—¿Quédate en tu casa!..—¿Crees en la filantropía de las Hermanitas Carmelitas Descalzas y en la sociedad de socorros mutuos que fundaron los Pobres Hermanitos con Chancletas?
- O.*—¿Quiero comer!
- S.*—¿Vete al cuerno!—¿Crees que Dios...
- O.*—¿Dios es un puerco!
- S.*—¿No blasfemes contra el Eterno!.. — ¿Crees que la santísima virgen...
- O.*—¿La santísima virgen es una cochina!
- S.*—¿No insultes a la santísima virgen! ¡Sacrilego! ¡Aborto apocalíptico!.. — ¿Crees que nuestro señor Jesucristo...
- O.*—¿Jesucristo es un idiota!
- S.*—¿Ah! (*Lo toma del pelo y le empieza a dar botinazos.*)—¿No digas eso de Jesucristo! ¡No digas eso de Jesucristo... me cago en Dios!

Patriotismo revolucionario

Loustalot era un periodista revolucionario y decía, en aquellos trágicos días de la revolución francesa: "Los grandes sólo son grandes, porque nosotros estamos de rodillas." La humanidad ha seguido de rodillas y parece que, recién ahora, ensaya ponerse de pie—no al modo socialista demócrata, sino en actitud de despertar revolucionario. La última figura, el último ídolo que hemos adorado se llama Wilson. En el curso caótico y espantoso de la guerra, ese presidente evangélico nos pareció un nuevo Cristo amante de la justicia, principalmente de la justicia para con los débiles. Estábamos de rodillas y, claro está, Wilson dibujaba su silueta inmortal, grandiosa, sobre un trono de gloria. Su grandeza provenía, ¿quién lo duda hoy? de nuestra pequeñez.

La realidad es enemiga de toda ficción y los dioses nunca se vieron en tantos apuros como cuando tuvieron que obrar. El dios Wilson encerrado en el castillo olímpico de sus principios democráticos podría vivir en el corazón de la humanidad aún por mucho tiempo; pero el dios bajó a la arena del combate, se puso en contacto con la realidad y obtuvo un fracaso ruidoso. El dios se hizo hombre, y, lo peor del caso, es que se hizo un hombre sin voluntad, sin carácter, sin pasión por sus propios principios; la ficción de grandeza quedó disipada y nos hemos dado cuenta de que nuestro error fué posible, porque estábamos de rodillas.

Murió el ídolo, pero, como sucede casi siempre, "los muertos mandan," aunque con poderes más ilusorios que reales. Los principios wilsonianos aún son manejados por la prensa aliadófila y burguesa. La "independencia nacional y el derecho de cada pueblo a darse las instituciones que quiera", principios esenciales del evangelio democrático del dios yanqui, encuentra en los aliados curiosos sostenedores; gritar y combatir contra los alemanes que invadieron Bélgica y Francia era obra de justicia y de civilización. Ahora, invadir Hungría y Rusia es también obra de justicia. Pobrecitos los aliados que tienen que luchar contra tantos enemigos de la justicia,

de la patria y de la civilización... Los políticos de la burguesía no tienen vergüenza ninguna: Wilson pasará a la historia como un idolo grotesco, ridículo, como un fanteche despreciable.

Contra toda la desvergüenza aliada y aliadófila, contra todos los patriotismos grotescos y ruines, se levanta el sano patriotismo revolucionario de Rusia que está luchando heroicamente contra las invasiones extranjeras. El patriotismo que guía a todas las naciones burguesas está basado en la conservación del imperialismo capitalista; el patriotismo revolucionario se funda en la necesidad de libertar al pueblo y al territorio que éste ocupa de la tiranía de las bandas de criminales y ladrones que trabajan en favor de los capitalistas extranjeros. Nunca como hoy hemos podido constatar la hipocresía del patriotismo burgués; los trabajadores de todo el mundo se dan cuenta ya de que el único patriotismo realmente sincero es el que sienten los revolucionarios de todos los países. El patriotismo revolucionario extiende su acción benéfica sobre toda la población humana y sobre todo el territorio de cada nación, no permitiendo que una y otro sea patrimonio exclusivo de una minoría de explotadores salidos de todos los rincones del mundo. Nuestros patriotereros argentinos, creen, o fingen creer, que, para el caso es lo mismo, que los revolucionarios de todo color, maximalistas y anarquistas, son enemigos de la patria, porque quieren cambiar la organización de la propiedad; estos tipos de mentalidad inferior tienen un ejemplo en la Rusia revolucionaria puesta en movimiento contra las invasiones extranjeras. Para rechazar estas invasiones, según el testimonio del capitán francés Jacques Sadoul, se han unido las agrupaciones más avanzadas: maximalistas y anarquistas responden con entusiasmo a la voz de defender el territorio de toda dominación extraña.

En nuestra historia tenemos también ejemplos del noble patriotismo revolucionario que avivaba la inspiración de Monteagudo, Castellí, Rivadavia y Moreno. Al calor de este patriotismo sincero medraron, sin duda, los rui-

nes intereses de la naciente burguesía egoísta, deseosa de salir ella sola beneficiada por la obra de la "revolución. Esto sucede casi siempre con todas las cosas humanas; un sabio inventa cualquiera utilidad que beneficie a todo el mundo, pero, en seguida, los explotadores sin conciencia, se adueñan del invento privando a la humanidad de sus beneficios.

Los patriotereros quieren ver también, en los revolucionarios, enemigos fanáticos de la patria; porque desprecian el símbolo nacional, la bandera, y porque adoptan una sola para todo el mundo, la bandera roja. En esta cuestión de banderas no hemos de entrar, ahora, en un terreno filosófico en el cual, sin duda, hallaríamos muy buenos argumentos que nos demostrarían que todos los símbolos son signos evidentes de inferioridad, de esclavitud mental y psicológica. Los símbolos son obras anónimas, creados por las multitudes y para las multitudes; y nunca las multitudes han dado prueba de libertad racional, de superioridad mental y psicológica. Tomemos los símbolos nacionales como hechos históricos y apliquémosle el método científico que se aplica a todos los hechos históricos. La evolución opera sobre todos los símbolos creando un proceso de generalización de la idea que los envuelve. Todos los dioses, todos los fetiches van desapareciendo, porque son encarnaciones particulares de una idea; ante el hombre va quedando solamente el infinito abrumador, la idea generalizada. Los símbolos nacionales, considerados en su sentido más noble, son encarnaciones particulares de la libertad y del bienestar de los hombres; esas encarnaciones particulares sufren también su proceso de generalización, lo particular desaparece, el símbolo muere, su idea restringida se funde en un símbolo único, general. En el terreno religioso, el infinito metafísico contiene, depuradas, todas las significaciones de los símbolos concretos particulares; hoy, que hemos aprendido a adivinar con inteligencia el infinito que contiene millones de mundos y misterios inquietantes, sería una estupidez, una prueba de inferioridad, caer de rodillas ante un fetiche. Hoy, que hemos aprendido a generalizar la idea de la justicia, de la libertad, sería también una estupidez, caer ante un símbolo particular de la justicia, de la libertad. La bandera roja, símbolo generalizado, contiene todas las nobles significaciones de los símbolos

particulares, todas las significaciones, pero depuradas. La bandera roja elimina el egoísmo particular; constituye siempre una superioridad, una significación más amplia y más de acuerdo con la evolución humana.

La patria chica, el símbolo particular, desaparecen poco a poco. Cuanto más el mundo se compenetra, cuanto más se internacionalizan las relaciones humanas, más bienestar, más justicia disfrutan los hombres; y la justicia y la libertad, ¿no son, acaso, la encarnación del más noble patriotismo?

No es necesario atormentarse mucho la cabeza para descubrir que los revolucionarios son patriotas—no patriotereros—patriotas de hoy que no se colocan al margen de la evolución que destruye símbolos particulares. El patriota ruso rechaza su antigua bandera, adopta la roja y defiende el suelo de su nación contra todos los tiranos; aquí, yo por ejemplo, vería arder sin emoción todas las banderas azules y blancas, pero defendería la Argentina, lucharía contra todos los tiranos y explotadores del suelo y de la población humana. Y en esta tarea estamos los revolucionarios, combatiendo en suelo propio a todos los que explotan el nombre de la patria para gozar privilegios injustos. El señor Manuel Carlés se creará, tal vez, más patriota que Lenin; pero el buen sentido se burla de esa pretensión ridícula. El del primero no es más que un patrioterismo burgués que se extasia ante la bandera azul y blanca y deja que el territorio argentino sea saqueado por una banda de ladrones extranjeros; el del segundo es puro patriotismo revolucionario que rechaza el antiguo símbolo nacional, pero que no permite que el territorio ruso sea saqueado por las pandillas capitalistas de todos los países.

F. RICARD.

Cajetillas... nada más

Había en Buenos Aires, numerosas asociaciones culturales, centros, bibliotecas, ateneos, locales donde se dictaban cátedras, donde se daban conferencias.

Había, en una palabra, un signo de intelectualidad rebelde.

Había poetas, oradores: había quien hablaba en verso, quien regalaba ideas, por cierto muy baratas. Había muchos "doctores" que

hablaban con entusiasmo, de aires nuevos, de auroras rojas, de la "sociedad futura."

Iba bien la cosa: era de cualquier manera, un ensayo simpático; se hacía un poquito de arte. Se editaban algunos libros de "orientación," se pintaba algún cuadro con fondo rojo... Había escritores elegantes que usaban corbata voladora, y que al despedirse de un amigo, decía: "Salud y R. S. ¡Ya nos veremos en la barricada!" Había muchas cositas así...

De repente, suena más fuerte que otras veces, el grito doloroso del pueblo mártir. Fulgura un instante entre las nieblas del materialismo eterno, una llamarada de rebeldía... Era la chusma, ¡la chusma hermana de los grandes bardos! La chusma productora, base y eje de todo adelante. Era la caravana de los buenos, hambrienta y martirizada. Era el pueblo que se alzaba desde el taller, desde el inquilinato. ¡Desde el montón de andrajos, surgía la llama! Y, desde los palacios burgueses, los tiranos lanzaban su odio, su venganza, su crimen, su baldón, en un lingote de ignominia que se llama Ley Social...

Empezaron los sabuesos a buscar, a morder. Empezaron los barcos a llevarse al destierro, a los delincuentes, a los peligrosos, a los reos sociales... (a los que piensan con dignidad.) Se perseguía a todos los anarquistas. Se prohibió leer, desde entonces, los grandes libros. El gobierno editó por su cuenta, para obsequiar al buen pueblo, "*La historia patria*", "*La vida del negro Falucho*," en verso, y "*El hombre*,"—último parto—y aborto de un tal Hoyhanarte. Además, 140 tomos de Paúl de Koc... ¡El pueblo estaba salvado!

Después de una hábil maniobra del departamento nacional del trabajo... ajeno, se colocó ¡oh eternos simuladores! un tul de ilusión sobre todos los crímenes. Y empezó a reinar, aparentemente, la dulce calma...

Y nadie dijo una palabra más. No hubo conferencias. Se cerraron los ateneos. Se suspendieron los cuadros y los libros. Las bibliotecas se han llenado de polvo... ¡Horror al pensamiento! Desaparecieron las melenas...

El audaz Ingenieros retiró de la circulación sus notas sobre "maximalismo". Quizás prepare ahora unos comentarios sobre el miedo. Sería un libro de actualidad. (¡Ojo, señores editores!) ¡El miedo! Un miedo horrible pesa en el ambiente. Todos viven pensando en los crímenes de la semana trágica. La gente

más tranquila tiene de noche espantosas pesadillas. Cualquier paquete llama la atención... ¿No será una bomba?—dice la pobre gente. Los quebrantahuesos policiales tuvieron aumento de sueldo. Y medallas. Además el jefe Elpidio, les llamó "compañeros."

Pero, volvamos a lo anterior. ¿Dónde están los intelectuales? ¿Han muerto? ¿Y las bibliotecas, los ateneos, las hojas "valientes," los filósofos y los poetas del metro libre? ¿Y los ilustres fabricantes de "Nosotros," irónicamente calificados, comisarios del soviet? ¿Dónde están que no los vemos? Bah... Bah... Bah... Figuritas de papel... Cerebros con vaselina... Talentos de sastrería... ¡Florida de 5 a 7! ¡Cajetillas, nada más!

ISAAC MORALES.

ESTRATEGIA

Los políticos aunque no estudien balística ni explosión, son tan estrategas como los militares. Cada partido tiene su Foch, especie de fonógrafo beligerante, probado en cien batallas electorales. En vísperas de los comicios, este mariscalcísimo sujeto, sale a la calle hecho una vitrola sin manija. Antes, suelta su ejército de energúmenos, cuyo contingente avanza pertrechado con grandes cañones de papel, papiros de pinceles y tanques llenos de engrudo. En cuanto se abre el fuego, salen a relucir tachos y cacerolas. Los soldados de brocha gorda hacen verdaderas proezas, encaramados como gatos, sobre peligrosas escaleras y apuntando con un tubo de proclamas, que mete miedo.

Señalemos un descubrimiento: todos los candidatos suben a base de engrudo. Palacios, le tiene una confianza ilimitada. Soporta y resiste la "grudificación" con la misma inmutabilidad de una máquina panificadora. En este sentido, el de la lengua melena, es impermeable. Su figura incommovible, haga viento, llueva o truene, esté aquí su propietario o en California, se la verá siempre destilando harina, sobre un cerco de Flores o una letrina en Plaza Mayo. A manera de plataforma, osenta al pie una exclamación ecuestre:

"¡Palacios en punta!"

Napal, suda y se menea para sentar a Jesucristo en el congreso. El incorruptible

apóstol junto a Dickmann o Castellanos, se tornaría fanfarrón, dicharachero y salteador de caminos.

Los socialistas parlamentarios, cuando se está por cosechar las castañas electorales, pónense, verbosísimamente, agresivos. Fijan la fotografía de sus candidatos, bajo cuyo porte que no tiene nada de proletario, imprimen injurias, literalmente revolucionarias: "¡A la cárcel los acaparadores! ¡Abajo la ley de residencia! ¡La libertad es libre!"

A veces, menudean las promesas: "¡Pueblo! ¡Pueblito mío! ¿Quieres que se respete el des-

canso dominical? ¿Te falta esto? ¿No tienes lo otro? ¿Padeces hambre?... ¡Votad por nosotros!"

Los radicales, en cambio, desde que subieron al poder, ya no suplican ni lacrimean: ordenan y decretan. Al margen de sus candidatos, escriben como un "cúmplase" categórico: "¡Votad por ellos!"

Nosotros que no somos *partidos*, sino *enteros*; nosotros que no deseamos el triunfo de uno, sino de todos, decimos al pueblo:

"¡Pueblo! ¡No seáis cuadrúpedo: botadlos a todos de una vez!"

EL BUEN CAMINO

Así dijo Jehová: Paraos a los caminos y mirad, y preguntad por las sendas antiguas cuál sea el buen camino, y andad por él; y hallaréis descanso para vuestra alma.

JEREMÍAS. CP. 6, v. 16.

Es lo que el "pobre pecador" ha hecho. Paso a paso, con su carga de penas a la espalda, a través de los siglos, recorriendo las más antiguas sendas, ha preguntado siempre por ese buen camino que habría de llevarlo al descanso de todos los dolores padecidos. Y ese ha sido su error: preguntar y seguir las viejas sendas. Y su mayor tontera, marchar con la mirada hacia los cielos, tras los globos cautivos creados por el "espíritu maligno".

¡Las viejas sendas! ¿Qué podían decir las viejas sendas, que no fuera el *seguidme*, el *imitadme* de todos los ya ineptos para la acción y para los ensueños? ¿Qué ha podido dictar nunca, el pasado, a lo recién surgido?

Por muy bellos que sean los crepúsculos, no igualan a la aurora. Por muy mucho que sepa la experiencia, nada nuevo dirá a la juventud.

Jeremías es un símbolo eterno: el de la esterilidad. Por su boca dice la muerte sus neñas engañosas. Es el profeta, sí, pero el profeta del llanto, de la elegía y la resignación. Es el doloroso, puesto de espaldas a Oriente, que implora misericordia, que se humilla y aconseja servilidad; no el que reclama justicia ni el que conmina a la rebelión.

Las viejas sendas, los caminos trillados, las rutas eternamente recorridas, no llevaron jamás a sitio alguno que al mismo siempre.

Sólo los que las dejaron fueron sabios. Y

los que las dejaron dieron algo. Y los que dieron algo fueron jóvenes.

Colón, en Salamanca, rodeado de doctores y de ancianos llenos de mucha ciencia y experiencia, no tuvo de su parte sino su juventud y su resolución.

Preguntad por las sendas antiguas cuál sea el buen camino, y andad por él. Eso querían significarle a Colón, los viejos salmantinos, cuando entre flacas sonrisas de sarcasmo, que mostraban encías sin dientes ni color, le decían así: *orate, orate*: loco, loco. Las sendas antiguas eran todos ellos; el buen camino el designado por ellos. Pero en sus trece persistió Colón. Era la juventud, lo incontenible; era el vigor fijando nuevos rumbos; la energía creadora: el ensueño fértil. Y a través de los mares embravecidos bajo el soplo del viento, lanzó su audacia y descubrió un mundo.

Cuantos se apartaron de las antiguas sendas fueron innovadores o inventores o reformadores. Cuantos dejaron ladrar a la experiencia en los recodos y en las encrucijadas, fueron revolucionarios. Nada más que al espíritu apocado, al simple, al infecundo, al religioso espíritu senil y pusilánime de todos los vencidos, ha podido ocurrírsele apuntar que sean los buenos "los caminos seguidos por nuestros mayores".

¡Qué de errores mayúsculos ha prohiado sentencia tal, en la conciencia humana! Y sobre todo, su aceptación en la moral y aún en la enseñanza, ¡qué pérdida de siglos para el progreso de los pueblos ha significado!

Pero, por fin, el "pobre pecador"—esclavo, ilota, siervo, proletario—después de haber andado—tanteos en la noche—a través de las épocas siguiendo las más antiguas sendas, ha despertado a toda realidad. No el camino celeste es el que hoy busca. No tampoco en la tierra el mismo aquel que con distintos nombres la autoridad ha bautizado. Tea incendiaria avante, hoy busca el propio, y a él se ha fijado ya y por él marcha con seguro paso.

Inútil es que clame Jeremías. Inútil que Jehová rompa del odio sus diques seculares y breme así cual arlequín hidrófobo: He aquí que mi furor y mi ira se derrama sobre este lugar, sobre los hombres, sobre los animales, y sobre los árboles del campo, y sobre los fru-

tos de la tierra, y encenderse ha, y no se apagará. (Jeremías. Cap. 7, v. 20). Inútil que los dioses de la tierra junten sus restos últimos de fuerza y comiencen a abrir de la impotencia las válvulas violentas del atropello, los presidios y las persecuciones.

Ya el pueblo sabe qué es hoy lo que desea. Ya no escucha al profeta. Ya no fija sus lánguidas miradas en los globos cautivos que para ilusionarlo todavía le remonta el espíritu maligno. Ya ha puesto el firme pie sobre la tierra y la vista en la aurora. Y, tea incendiaria avante, ya va, ya marcha con seguro paso, por el duro camino de su redención.

FERNANDO DEL INTENTO.

Aspecto revolucionario de la medicina

Cuando nos convencemos que la medicina según se practica hoy, es una mistificación tétrica y soberbia; que los médicos, en su mayoría, se constituyen en parásitos sociales, viviendo a expensas del dolor ajeno, perpetuando la miseria y las enfermedades: cuando comprobamos que, pese a las universidades, laboratorios y ligas, el pueblo es invadido, más y más, por la tuberculosis, el cáncer, la consunción y el raquitismo, entonces, no podemos reprimir nuestra indignación y gritamos desesperados: "¡Fuego a los hospitales, fuego a la mentira entronizada, fuego a los médicos!"

Sin embargo, mientras la revolución social no haga tabla rasa de los antiguos valores, mentiras convencionales y privilegios troquelados, nuestra exhortación teórica, caerá en el vacío, frente a la realidad ignorante y triste.

El hombre dolorido, enfermo, tarado, dueño de un capital morbosos, fruto de la herencia miserable y precaria, de la ignorancia y la explotación, no se resigna y acude al hospital o a la consulta.

Ignorante o inteligente, joven o viejo, quien sufre, a pesar de todo, recurre al "sacerdote de la medicina." La sed de vivir y el temor a la muerte, anquilosan por completo su razón.

Aunque se prueba la nocividad y el perjuicio de la medicina oficial y el latrocinio de los médicos, el enfermo, irrumpe dispensarios

y consultorios, llena cada vez más los hospitales.

He aquí un problema que reclama una solución inmediata.

La enfermedad social, el déficit fisiológico, producto de muchas generaciones no desaparecerá por arte de encantamiento después de una revolución proletaria. Tampoco dejarán de actuar los prejuicios, la ignorancia y las pasiones bestiales que nos legaron en cuerpo y alma nuestros cercanos y remotos antepasados.

Después de la revolución económica, el pueblo empezará la revolución filosófica: el aprendizaje racional de las leyes naturales mediante las ciencias emancipadas y el conocimiento exactísimo de la libertad gracias al ejercicio y la experimentación.

No se trata de regresar al primitivismo caribe de los hombres cuaternarios.

Los revolucionarios, hechos por convicción científica, no podrán nunca, renegar de la razón.

La ciencia médica posee verdades, que en el futuro próximo, beneficiarán al hombre y contribuirán a su perfección.

Pero, nada tiene que ver la ciencia médica con los médicos, quienes se arrogan el derecho de suministrarla, explotarla sin control y desnaturalizarla.

El médico es bandolero, porque vive en una

sociedad de banqueros. La emancipación material en el futuro, mejorará su criterio científico y su moral. Si una sociedad, un pueblo o grupo de familias, asegura la vida material del médico, éste, pondrá el mayor empeño en difundir los principios de higiene individual y colectiva. Mientras el parásito de hoy grazna como un carancho cuando se desencadena una peste y recibe tantas más remuneraciones cuantos más enfermos atiende, el sacerdote de mañana, merecerá tanto más respeto cuanto menor sea el número de pacientes que se registren en el barrio o comuna que le corresponda custodiar.

Los médicos, confeccionados a base de autoridad, convencionalismos y moral antigua, no conciben otra misión que curandear, escribir enciclopedias y recetar remedios. La prevención de llagas y enfermedades, es una droga desconocida, un suero inaplicable.

Hoy mismo confirmamos entre la gente acomodada, una tendencia a llamar médicos por cualquier insignificancia. Más aún: las madres, consultan a menudo, médicos de niños a fin de comprobar si la marcha del crecimiento y desarrollo, se cumple armoniosamente.

Aunque parezca exagerado, podemos afirmar que en la sociedad futura, habiendo menos enfermos habrá mayor número de médicos preventivos. Así como no habrá verdugos para castigar el delito después de cometido, sin orientadores para evitar y prevenir, tampoco habrá médicos para curar sino directores de la salud para suprimir el mal antes que el mal se geste.

El campo profiláctico se ensanchará cada vez más, el horizonte de la medicina preventiva se amplificará con el desarrollo de sus múltiples ramas: eugenismo, maternología, puericultura, higiene del hogar, del trabajo y de la escuela: higiene general.

Será necesario renovar fundamentalmente el espíritu pedagógico universitario.

En la conciencia de todos los que salen de la facultad de medicina, existe la convicción de que han pasados muchos años, estudiando inutilidades. Al inaugurar su vida profesional, se encuentran desarmados ante la realidad de un enfermo, en virtud de la deficiente preparación práctica. Aquellos sin escrúpulos, que constituyen mayoría, se atrincheran contra el título y ejercen la profesión al tanteo entre los enfermos pobres que soliciten sus servicios.

Los que aman la medicina, se ven obligados, entonces, a emprender un nuevo aprendizaje. Concurren al hospital a fin de substituir la estéril erudición teórica por la experimentación práctica.

Allí, los "doctores," recién se dan cuenta del valor de muchos enfermeros—verdaderos médicos sin título—a quienes recurren para informarse con seguridad, sobre una serie de maniobras curativas: inyecciones, vendajes, enyesados, preparación y esterilización instrumental, análisis de orina, esputos, sangre, autopsias y radiografías.

Los que tienen cierta experiencia hospitalaria, pueden citar numerosos ejemplos sobre estos *maestros ignorados*, a quienes se llama con desprecio, enfermeros o sirvientes de laboratorio.

Los médicos petulantés, aseguran que tales hombres, ejecutan su trabajo, maquinal e inconcientemente; sin embargo, ellos con toda su erudición son incapaces de hacer con la misma precisión y regularidad, esa serie de maniobras indispensables para verificar las curas.

Esto no significa la negación de teorías y conocimientos biológicos. Las teorías surgen de la observación de hechos reales y están sujetas al cambio progresivo, a pesar de que los hechos son siempre los mismos.

La profesión médica como las demás profesiones, debe aprenderse no en la universidad, sino en el taller hospital. Porque, al final de cuentas, para ser médico no se requiere más experiencia ni talento que la que se necesita para ser mecánico o electricista.

LELIO O. ZENO.

DEFINIRSE

La farándula está en marcha, en marcha rítmica, acompasada; los candombres de aquellas tradicionales sociedades de negros candomberos vuelven a brillar al sol; sol opaco, de tormenta, como el que suele proceder a las tormentas de Santa Rosa, según dicen los curas y los tontos, que para estas cosas siempre se prestan con más voluntad que para una huelga!

Monseñor de Andrea no ha querido ser menos que santo Tomás, que para creer tenía antes que ver.

Y es el caso que monseñor ha descubierto con profunda ciencia que el malestar social es

muy grande, y que de seguir los poderosos en sus intransigencias, bien pronto se armará la gorda, y que a la postre, ellos pagarán los vidrios rotos! ¿Y todo por qué? Pues señor, porque los ricos no se contentan con robar menos!

Entonces, monseñor, que para esto de predicar en pulpitos se presta solo, logró traer a sus conferencias a la "flor y nata" de la sociedad porteña, para incitarla a la caridad, al bien, a la condolencia, pues el mundo se pierde, la revolución se viene encima y no habrá paraguas capaz de evitar el chaparrón.

Monseñor tiene que poner el patriotismo a prueba, y los burgueses, que para dar dos centavos a un menesteroso fijan día, hora y turno, ante la filípica de su ilustrísima se han sentido tan conmovidos que ya han dado varios miles de pesos para trabajos, relacionados con la "Paz Social".

¿Cómo conocen los curas el lado flaco de los burgueses! Lástima que los trabajadores no pongan en práctica el mismo procedimiento y bajo el cuento de que la hecatombe final es inminente, ¿qué burgués—podrido en plata, como se dice—no se desprende de unos cuantos miles de pesos para evitarlo?

Cómo será el susto que monseñor les ha metido desde "su modesto púlpito" que el diario vendido a los americanos del Norte, ha dicho lo siguiente: "A juzgar por la cantidad de adhesiones, puede anticiparse que toda la sociedad porteña se dispone a secundar entusiastamente la iniciativa de los obispos argentinos."

Lo chistoso nos resulta que, quienes han vivido robando y engañando al pueblo durante siglos y más siglos, pretenden ahora contenerlo con la religión, las buenas palabras y precisamente con quienes han sido sus más grandes verdugos!

Pero la cosa no tiene compostura, y como los religiosos han leído alguna vez a Max Nordau saben que es preciso definirse en uno u otro sentido: "o se va del todo hacia adelante o se queda uno completamente atrás."

Tal cual hacen en esta hora soberbia de renovación social los burgueses, los curas y los imbeciles, que bien definidos se quedan completamente atrás, espantados del despertar de los mundos que marchan a la conquista de todo, pese a todos los que quieran quedar atados al pasado del egoísmo y las riquezas.

E. NIGMA.

UNA PLAGA

Alberdi sostenía que el peor enemigo de un pueblo laborioso, era, el poeta. Un emperador alemán cuando se proponía castigar a sus súbditos le remitía una plaga de poetas. En la biblia hay más de un pasaje, donde se descubre claramente que el poeta constituye una amenaza.

En verdad, el poeta es algo así como un castigo de Dios, un mal que se ha hecho crónico, una calamidad incurable. Porque el poeta es haragán, chupatinta y fanfarrón. Falco lo ha dicho y escrito; y cuando Falco dice y escribe cosas para él, es toda una autoridad. Pues, hay quien escribiendo para los demás, escribe para sí mismo.

El poeta es inflado, superlativo y estéril.

No hace otra cosa que cantarle a la luna pálida, arrastrarse bajo las goletas inmundas de los magnates, exaltar la epopeya de asesinatos y vegetar al margen de la reacción y de

la patria. Es un manojito de nervios abotargado de burocracia y servilismo.

Los poetas fueron siempre lacayos y cortesanos. Alcahuetes melifluos de los potentados, llegaron a ser a fuerza de genuflexiones cónsules, magistrados y embajadores.

Rubén Darío y Amado Nervo—que Dios los tenga en la gloria—confirman nuestra tesis. Santos Chocano, Black, Sux y Vasseur—que Dios les otorgue cuanto antes un puesto de honor en las parrillas del infierno—hicieron las de Maturana, quien se casó por iglesia bajo la dirección espiritual de otro venerable difunto: Roque Sáenz Peña.

Todos los poetas, al principio se hacen revolucionarios, porque generalmente son pobres; después combaten la revolución como D'Annunzio o incitan a masacrar comunistas como hizo Víctor Hugo en el 70.

El poeta es revolucionario por lirismo, por

cálculo frío, por palabrerío y por aconsonantación. Las rimas que meten más bulla y escándalo, son implícitamente revolucionarias. Los pensamientos del pueblo, las palabras y giros, son rebeldes. El poeta aprovecha esta efervescencia popular y la hace suya, convirtiéndola en pirotecnia metronómica. Es así que a veces llega a convencerse de que es un anarquista peligroso a quien persigue constantemente la policía de ambos hemisferios. Entonces, escribe esos versos espeluznantes, erizados de signos admirativos y con términos altisonantes, factura Aurelio de Lebrón.

La poesía, en síntesis, es un atolladero de palabras, una superabundancia retórica, cuando no resulta una majadería rubendariana.

Desde Homero a Dante y desde Milton a Marquina, los poetas nos han dado latas estupidas para repetir siempre las mismas vaciedades y perpetuar los mismos anacronismos.

El poeta es petulante y engreído. Tiene una idea exageradísima de su talento y un concepto burgués del arte, aunque sea de origen siete veces proletario. Pertenece a la aristocracia del cerebro que es tan absurda como la aristocracia del tragadero. Es egoísta por excelencia. "Primero yo, después yo y siempre yo". Si le quitamos el "yo", se le acaba el fósforo, se le apaga la vela.

Es lírico hueco y bucólico de gran empuje: nunca revolucionario. Si principia cantando la revolución, lo hace por sport y diletantismo: es un falso revolucionario a quien conviene poner en capilla. Los más terribles calvatruenos de la rima, terminan panegirizando a Wilson y Alfonso 13, u ofreciendo sus servicios a la liga de los holgazanes como hizo en enero, el señor Roldán.

De los poetas no se puede esperar más que clavos, hipotecas, claudicaciones y porquerías. Hacen oficio del arte y niegan que el arte sea un oficio. Quieren disfrutar la fresca viruta, echados panza al aire bajo el cielo transparente, frente al lago azur, cabe los sauces tristes, el tomillo y la bergamota, mientras sus hermanos de dolor sudan la gota gorda para subvenirle todas las necesidades.

El poeta vive de abstracciones, enfermo de haraganería y cretinismo agudo. Experimenta nostalgias ultravioletas y exalta la naturaleza del trabajo ajeno. El parasitismo, lo emborracha. El farnientismo dulce, lo envenena. Ebrio de no hacer nada, ostenta el porte de

una doncella y se deja la erin bruta de un jamelgo.

Habla con afectación y suscribe todo con mayúsculas. La precisión en el lenguaje corre parejas con su conducta. Desarticulado e inconsecuente en todo: hoy dice blanco y mañana negro.

Tanto le da cantarle a un perro podrido, a la Santísima Virgen María, como comparar al sol con un testículo divino.

Socialmente, no se le puede exigir nada: hay que vestirle, alimentarle, extraerle el sarro y suministrarle libros para que nos hable a cada paso de su superioridad mental y nos haga perder un tiempo precioso, escuchándole sus elucubraciones grisáceas.

"El poeta nace y no se hace", es una razón cuadrúpeda, o si es una razón bípeda, podría aplicarse con mayor utilidad y fuerza lógica, al agricultor, al herrero o al fabricante de paños, cuyo concurso es indispensable.

"No todos se expresan en verso", es una segunda razón, hermana de la primera. Claro está, las bestias no conocen la cesura, ignoran el ritmo y la pantomima.

Cuando pincela el poeta, la psicología escapa, oscila y pajarea. El ambiente, la descripción y la solidez, se desmayan. La redundancia y el ripio, la falta de sentido común y la inconsistencia, son sus materiales de construcción. En general, la poesía, no ha tenido otra consigna, que entorpecer la lengua y los poetas retardar quién sabe cuánto la civilización.

Nos referimos al poeta clásico que come para versificar y versifica para comer. Al poeta de pacotilla que escribe con solemne gravedad y obra como un pícaro de siete suelas. Al embustero hojarascoso que acaba de atracarle una paliza a sus hijos y nos aplasta inmediatamente con un tierno canto a la infancia. Al estafador recrudecido, holgazán, traicionero en el amor, en el deber y en la causa. A ese ejemplar melenudo que si no tiene todos los defectos apuntados, es, porque ha contraído otros peores.

El poeta de oficio, sea cual fuere su categoría, es un parásito singular, un enemigo del pueblo.

La única forma de acabar con los poetas, consistiría en ocupar militarmente el Parnaso y colocarle una inscripción rotunda y categórica:

"¡Vayan a trabajar! ¡Atrorantes!"

MARCOS PROFANO.

SEAMOS LOGICOS

¿Cuáles serán las normas sociales que regirán al mundo, una vez que se haya logrado vencer al capitalismo?

La pregunta es realmente seria y difícil de contestar, desde que nadie está en situación de adivinar el porvenir. En otros tiempos, en época antigua, nos hubiera bastado consultar al oráculo, a la pitonisa, al mago o al sacerdote taumaturgo. Pero, en nuestros días, en pleno siglo XX, las cosas cambian: los problemas trascendentales de la vida hoy se resuelven a la luz de la ciencia, mediante el razonamiento analítico más escrupuloso, y respetando siempre los sagrados principios de moral eterna.

Respecto del porvenir, estamos donde estábamos ayer: en la más rigurosa incógnita, porque desentrañar el futuro escapa al humano poder.

Todos los que nos sentimos cultores de una ética superior, los que creemos que el hombre es ingénitamente bueno, admitimos que la humanidad llegará a emanciparse en todos los órdenes de la vida, haciéndose así más perfecta y pura. En este sentido, los más optimistas vaticinios tienen un fundamento. Se pueden hacer anticipos acerca de la vida social futura, tomando por guía el razonamiento fundamentado en la más estricta lógica, en lo verosímil y posible; pero el factor tiempo, el empirismo de la historia, son los que deciden hasta qué punto son ciertas y adaptables las concepciones que forja el prodigioso cerebro del hombre. Por eso nos preguntamos: ¿qué obra es la previa y fundamental para los pueblos, en esta hora de suprema incertidumbre?

Y la lógica responde: la consagración de todas las fuerzas vivas del proletariado, hacia la magna empresa de abatir al capitalismo.

Reunir las fuerzas obreras en un solo haz, hacerlas converger hacia un único fin, trabajar para encauzarlas hacia el objetivo inmediato de la revolución, tal es, a nuestro juicio, la misión actual que corresponde a los que se sienten verdaderamente revolucio-

narios. Lo que vendrá después, es cosa que no sabemos con exactitud, ni debe preocuparnos por ahora. Siempre será un orden social mejor que el que vivimos, y en nuestro interés estará el procurar que sea lo más avanzado y perfecto posible, sin pretender considerarlo infalible, porque suponerlo así sería dar pruebas de un criterio poco equilibrado y determinista.

Llamarse maximalista es lo corriente y de moda actualmente, para la mayoría de los hombres de idea.

Ahora bien: ¿es esto una contemporización? ¿Es acaso una renuncia a finalidades superiores, que aun no han sido alcanzadas?

Creemos lealmente que no.

Sin embargo, es bueno hacer notar que el maximalismo, sin ser precisamente un comunismo avanzado, es, según todo lo que deficientemente sabemos, la producción en manos del proletariado.

El maximalismo es un nuevo sistema social, que aun no ha podido demostrar sus excelencias y bondades, porque lo impide la burguesía extranjera coaligada, en lucha abierta contra los rusos. ¿Podemos, pues, condenarlo apriorísticamente? Hacerlo, significaría dar pruebas de un criterio estrecho y sectario, tan imbécil como contraproducente para la causa de la revolución.

Es indudable que el capitalismo ha dejado de existir para siempre en Rusia. Este hecho representa ya un triunfo estupendo, una colosal conquista, jamás alcanzada hasta la fecha por ningún otro pueblo civilizado.

Pensamos que los trabajadores de nuestro país no serán tan ingenuos o cándidos como para dejarse sugestionar dando por ciertas las noticias que la burguesía fragua intencionalmente para desacreditar la valiente obra revolucionaria de los rusos. Téngase en cuenta que el cable telegráfico se encuentra monopolizado en manos de las clases dominantes, y que, por lo mismo, todo cuanto se lee en los diarios ricos, respecto de Rusia, es verosímilmente sospechoso de parcialidad y mala fe. Los pueblos nada concreto ni exacto saben de lo que ocurre allí, lo que es ya una razón

fundamental para que los hombres idealistas se guarden de abrir juicios categóricos y terminantes. Precipitarse a censurar una cosa que no se conoce, que se ignora casi, es dar pruebas de poca cordura y sensatez.

Factores extrínsecos de toda índole obran sobre Rusia, impidiéndole desenvolverse con libertad. Millones de trabajadores se encuentran cercados por todas partes, por poderosos ejércitos extranjeros, organizados y sostenidos por la burguesía para restaurar allí su extinguido dominio. Faltan en Rusia materias primas, alimentos y combustible y contra todos estos obstáculos, creados por sus enemigos, tienen que luchar los trabajadores rusos.

En esta situación, ¿pueden ellos organizar una sociedad, conforme a las aspiraciones más avanzadas del proletariado?

La tarea primordial de los rusos es la de defender las conquistas de la revolución contra las amenazas e intrigas de la reacción local, y defender al mismo tiempo la vida colectiva del país, de los ataques que le lleva la burguesía extranjera desde el exterior. ¿Qué obra de reconstrucción social es posible realizar en tales condiciones?

El pueblo ruso sabe cuál sería la suerte que correría, si su antigua clase dominante se adueñara nuevamente del poder. ¡El reciente ejemplo de Hungría y la Comuna de París están ahí para demostrarlo!

¿Puede pretenderse que los rusos hagan milagros, cuando necesitan distraer toda su atención y concentrar toda su energía en conjurar el peligro que se cierne sobre ellos? ¿Por qué se deja esperar tanto la solidaridad de los trabajadores de los demás países?

Por otra parte, los rusos no han dicho su última palabra.

Rusia no será tal vez la sociedad ideal que anhelamos, pero conviene explicarse las dificultades terribles por que atraviesa, antes de condenar o hacer afirmaciones rotundas.

Se puede no ser maximalista y apoyar a los revolucionarios rusos, sin que ello en manera alguna signifique una claudicación de ideas.

Combatirlos es a todas luces antiproletario, es dar armas a nuestro enemigo común el capitalismo, que sabrá explotarlas admirablemente para sus fines.

¿Antimaximalistas? ¡No! Llamarse anti-maximalista es como decir reaccionario o conservador.

Seamos idealistas avanzados e intransigentes, pero ¡seamos lógicos! Lo exige un alto principio de solidaridad de clase, ya que en Rusia todas las fuerzas obreras, *sin distinción de matices ideológicos*, se confunden y colaboran íntimamente en la gran obra libertadora iniciada.

“Divide y vencerás”.

Este es el principio que el maquiavelismo burgués fomenta en nuestro campo, para vernos.

¡Seamos lógicos! No nos prestemos a este juego infame y negativo de nuestros enemigos.

¡Seamos lógicos!

APOLONIO SCRIBA.

LA BIOGRAFIA

La inmensa mayoría de los hombres obtiene lucidez mental y clarividencia merced al cultivo del intelecto. Son ejemplos raros, en la historia, los iluminados por intuición. Salvo algunos casos aislados como el de Pascal, en matemáticas, las conquistas del pensamiento, son el producto de una paciente y laboriosa tarea de investigación científica. El hombre constituye teorías y levanta hipótesis sobre el caudal de hechos adquiridos a través de todas las edades. Sólo una mente fantástica podría concebir, qué sería de nosotros, si en un raptó de amnesia cerebral colectiva, olvidásemos todos los conocimientos acumulados. No es posible, por ley natural, prescindir de ellos. Son nuestros bagajes para emprender la marcha hacia el futuro.

Ahora bien. Hay hombres históricos, en quienes se halla condensada la síntesis de una época. Así le entendió Confucio, considerando el estudio biográfico, como una fuente de sana cultura. Es leyendo la vida de Tolstoy o Miguel Angel, cómo despertamos el sentimiento místico, la inclinación al trabajo y el amor artístico y vital. Es leyendo la obra de Arquímedes, Kepler, Metchnikoff y Darwin, que afirmamos nuestra convicción comunista. Leyendo a Stepniak o Kropotkin, encendemos nuestro corazón revolucionario.

De la misma manera lo entiende Gorki, difundiendo biografías de hombres célebres. Se dirá que es un recurso idéntico al que emplea la burguesía para imponer su moral. Sin

embargo, la diferencia es bien grande cuando se estudian biografías hechas por hombres que pertenecen a una clase determinada y hombres que no pertenecen a ninguna clase, porque no las admiten, como R. Rolland.

Además, no porque la burguesía emplee una cosa, debemos rechazarla, si la razón nos aconseja su utilidad. El capital emplea la dinámica y la electricidad. No obstante, mañana, no las haremos tirillas. Lo que debemos hacer con todo, es, liberarlo de la explotación.

OLCESE CARÓN.

Nuestra velada

Se efectuó con bastante éxito. Las veladas de nuestro género, resultan, casi siempre velorios, porque se organizan en bicicleta. Sin embargo, la nuestra resultó. Es cierto que la obra era algo truculenta, pero nadie dijo nada. Al contrario, todos fumaban que data gusto. Tememos que en la sociedad futura, se fume lo mismo, a pesar de todo lo que lleva dicho Tolstoy. La policía, en vez de hacer evacuar la sala a machetazos como acostum-

bra, se limitó a enviar un modesto guardador del orden que no incomodó mayormente. Mostró tener una paciencia a prueba de bombazos. Soportó la obra con una indiferencia desconcertante y oyó el himno de los trabajadores como quien oye llover. Pero, lo que no le hizo mucha gracia, fué la salida de un compañero de la extrema izquierda, quien abriendo una boca enorme, empezó a gritarle: "¡Viva la anarquía!" El vigilante lo miraba con aire de suficiencia, y acariciando el machete, parecía decirle: "¡Con qué ganas te rompería el coco!"

El cuadro filodramático, se portó. Nos agradan más los aficionados que los artistas hechos. Hay mayor sinceridad, menor afectación y una comprensión más profunda del arte escénico. Tenemos que darle un golpe en la nuca al galán joven y otro a la característica: ambos fueron las figuras descolantes en la interpretación.

Debemos agradecer el concurso de todos. Nuestros administradores hacen verdaderos prodigios. Gracias a su actividad, nuestra hoja está en superavit. Este es un mal síntoma, amigos. Sospechamos que va a ocurrir algo grave en Buenos Aires.

Notas científicas sobre la revolución

Cuando un ideal se concreta en un pueblo, la revolución está hecha

La evolución puede ser el desarrollo paulatino o el desenvolvimiento automático progresivo de los conglomerados humanos, especies zoológicas o familias botánicas.

La revolución, de acuerdo con las teorías modernas biológicas del naturalista De Vries, es el cambio brusco, *mutación* de las especies y factor fundamental de progreso en la vida de las colectividades humanas.

Revolución, en el orden social, indica que queremos dar a los grupos humanos una forma particular nueva.

No vamos a improvisar nada. En la mente popular y revolucionaria, en la realidad ambiente, está el plan, modelo que substituirá los viejos sistemas autoritarios de las más viejas democracias.

En el momento actual, hay algo que está

mal hecho en este mundo y queremos cambiarlo en bien, mediante una revolución violenta para el logro de nuestros ideales. Toda revolución, es una imposición, una dictadura periódica. Tan necesaria es la revolución como la dictadura temporaria del proletariado.

Las revoluciones humanas implican saltos constantes, cambios de instituciones, trueque de ideales viejos por nuevos ideales, pasos hacia la libertad absoluta.

Hoy, las masas están preparadas para una mutación. Tienen fe. El dolor, las fortifica. El malestar, la miseria y la explotación, borran la duda y el escepticismo.

Los acontecimientos trascendentes de la vida gregaria de los pueblos—conquista de los derechos humanos—se deben a las revoluciones. Tenemos la revolución francesa, donde se pro-

clamó por primera vez los derechos del hombre; la comuna de París, intentona comunista, y por último, el bolcheviquismo ruso, ensayo práctico de revolución social.

La revolución está viviente en la historia y palpitante en nuestros días. Vivimos la hora más ardiente de los siglos. Los reyes caucan, se desploman los parlamentos, mueren las religiones y los dioses se marchan. Es la era de los cambios bruscos y de las mutaciones sociales. Hay una sucesión trágica: primero la guerra balcánica, después la europea, ahora la revolución rusa, la húngara y la alemana.

Los nuevos estados sociales, frutos de revoluciones proletarias, serían mutaciones de primera magnitud, destinados a sobrevivir, perpetuar y diseminarse.

Otros hechos como la revolución sindicalista en Barcelona, las huelgas sangrientas de Inglaterra, las sublevaciones en Italia, los movimientos maximalistas en las Indias y el Japón, serían transformaciones abortadas. Hechos que no tuvieron vida propia, pero cuya savia y producto del momento histórico, está en continua fermentación social; levadura dispuesta siempre a producir mutaciones rápidas, cuyo resultado serían revoluciones estables, nuevos organismos sociales.

Chesterton, decía:

"Algunos creen en un progreso automático y natural, procedente de la naturaleza de las cosas. Pero este progreso natural e inevitable no podría ser un estímulo para nuestras actividades, ni podría ser tampoco una razón de actividad, sino más bien una justificación de nuestra pereza. Si es que hemos de prosperar, necesariamente, no debemos, entonces, torturarnos por ello. La doctrina pura del progreso, es la mejor razón para no ser progresista. Un progreso natural tendría que ser muy elemental y sencillo."

La evolución sería lenta e inconciente. La revolución, en cambio, es inteligente, humana, y obedece a las leyes de la vida.

J. LAZARTE.

CANJE

Nueva Era, B. A.; Libre Examen, Bolívar; El Hombre, Montevideo; La Cureta, B. A.; La Acción, Tucumán; La Revuelta, Santa Fe; Ediciones Mínimas, B. A.; El Obrero Fideero, B. A.; La Hoja Satírica, B. A.; La Gaceta Universitaria, Santa Fe; El Alba, V. Tuerto; El Obrero Gastronómico, Uruguay; El Momento, B. A.; Pensamiento y Acción, B. A.; El Picapedrero, Uruguay; El Obrero en Calzado, B. A.; Nueva Senda, B. A.; F. de la Aguja, B. A.; Bases, B. A.; Ariel, B. A.; Revista del C. E. del P. S., B. A.; y En Marcha, La Plata.

ADVERTENCIA

Al publicar PROMETEO, no nos impulsan propósitos lucrativos, sino el deseo de llenar en parte una necesidad ambiente: hacer periodismo honesto y de verdad.

Considerando esto, y teniendo en cuenta que no aceptamos avisos comerciales, y que los agentes y "canillitas" la adquieren a precio de costo, notificamos a todos los que reciban PROMETEO, que si les interesa y desean recibirlo en lo sucesivo, lo manifiesten enviando lo que importa un trimestre.

Giros y valores a J. LEONETTI (h.)

PICHINCHA 1023

Bs. Aires